

Flores que mudan de piel

Cosme Editson Saavedra Apon

# Flores que mudan de piel



**Cosme Saavedra**

## Capítulo 1

Mira el cielorraso. En este preciso momento puedes imaginar que no eres un ser frágil, que no todo lo que te roza consigue lastimarte. Piensas muchas cosas, pero tus pensamientos no podrán romper esas paredes inexorables que te separan de la normalidad de la vida. Eres solo un color desfalleciente entre las sábanas, una forma frágil que pende de la misericordia de los demás. Tus pétalos se extienden como costras apelmazadas en torno a tu cuerpo caído en desgracia; ya no eres la misma, todo lo que fuiste se convierte en un lejano y borroso sueño y lo que te falta por vivir en una espantosa pesadilla. Puedes imaginar que mañana volverás a ver el corredor librándose de las sombras, de los gritos de tus verdugos, las sábanas surgiendo, impecables, de los lodazales de la noche; podrás imaginarte aún aquí, en este cuarto de cuidados intensivos, desnuda, recordando la mano que se levantó sobre ti y te trajo el infierno envuelto en su mirada. Todos apiñados en el bus y solo él tenía entre sus manos la posibilidad de no dañarte, de arrepentirse, pero ya era demasiado tarde. Muchos gritan pero nadie lo persuade y sientes el aroma asfixiante del combustible entrando por tu espalda y tu pecho y esa rápida mano que detona un fósforo entre los dedos y avienta sobre ti la fatalidad. Y parpadeas, en medio de una nube de hidrógeno líquido, y estás otra vez en la habitación y ves que no es tan fácil escapar de una pesadilla cuando tienes las alas en carne viva. Es tu frágil derecho recordar cuando todo marchaba bien, pero al instante vienen las sombras y te arrinconan y te obligan a ver cosas que quisieras arrancar de tu memoria; como cuando te asediaba, junto a su madre y ella te gritaba groserías porque quería que le hicieras caso a su ofendido lobezno. Te quiso sobornar y tú le arrojaste el dinero en las narices.

—¡Nunca, escúchame maldita zorra, nunca va a haber una mujer muerta de hambre que menosprecie a mi hijo!

¿Y si le hubiera hecho caso? Te preguntas, ¿de qué me sirve ahora la dignidad? Nada ni nadie podrá devolverme lo que me arrebataron.

El olor de los medicamentos te produce mareos y sientes que tus venas se crispan y detonan a un leve movimiento. Si se acerca un doctor, con una jeringa en ristre, cierras los ojos y sientes que un océano punzante se sumerge en tu piel. Acaricias esa frágil certidumbre de que en este mismo lugar, y en esta misma postura, no terminará de suceder la existencia. Tienes la libertad, incluso, de hacer planes para cuando todo esto se resuma en un mal sueño y la piedra, hado o circunstancia en la que reposan tus pequeñas raíces gire de otro modo y puedas salir de aquí, del

Pabellón de Cirugía y Quemados, a vivir como los demás.

— ¿Crees que puedes cambiar el mundo?— preguntó Gemela, enjugándose las últimas lágrimas que dejó el torrente de la desolación y la rabia de hallarse enfrascada en un lugar donde hasta los recuerdos olían a cosas inmundas.

— No sé, tal vez lo esté cambiando mientras hablas conmigo o cuando juego con mis dos únicos dedos ilesos— respondió la pequeña Stalyn mordiéndose ese par de uñas, heladas, temblando, al borde del colapso.

— ¡Acéptalo, mira a tu alrededor! Todo marcha sin nosotras, estamos estancadas, pronto empezaremos a oler muy mal— replicó Gemela, palpando la sábana, buscando un objeto valioso, tal vez una foto.

Las flores, ¿qué pueden hacer por nosotros las flores? Las estrangulamos para llevárselas al ser amado, es un gesto pasado de moda empero muy eficaz si son rosas y si de por medio hay una reconciliación. Otras veces sirven para aromar el epitafio de quienes se marcharon y los recordamos vivamente como cuando estuvieron con nosotros. Pero, estas flores exangües, que forman un ramillete de dolor, ¿quién querrá llevárselas y restañar sus profundas heridas? ¿Qué criatura siente la necesidad de acercarse a ellas y olerlas y acariciarlas?, si exhalan el perfume de la tragedia y sus pieles están perforadas por la soledad y los medicamentos que les suministran a diario. La tierra gira a su antojo mientras miles de seres parten del polvo y vuelven a él. En este lugar la existencia es tan fugaz que cada mañana amanecen nuevas flores donde otras se agostaron. La piel extinta de sus humanas complexiones es el pétalo amputado de una flor: tan fugaz, tan poco vivido.

Todas ellas no pasan de los veinte años, recuerdan a un novio lejano, a una madre abnegada, a un padre autoritario; el primer roce de labios, la primera travesura amorosa. Intentan olvidar a quien las puso en esa circunstancia, cómo es que la tragedia esgrimió sobre ellas su más terrible cimitarra. Pero son flores, en una sala de cuidados intensivos, demasiado frágiles, encerradas, parpadeando y abriendo la boca para que las alimenten, lanzando gruñidos para que las lleven a hacer sus necesidades. Una hilacha feroz venida tal vez del azar, del lado bestial de la Tierra, no quiso que siguieran con el curso normal de su menuda existencia. Ya no pueden ver el Sol como los enhiestos girasoles, porque su luz lastima su carne abierta y despavorida. Se miran entre ellas y sus caras cada mañana se renuevan con otras de distinta tez, pero con una historia igual de funesta. El fuego les trae malos recuerdos. El perfume que liberan, por las tardes, debería ser el más placentero emanado de hatos silvestres de jazmines o de buenas tardes, pero no, ellas exhalan dolor en su más lastimera performance y llantos de familiares recogiendo de entre las cenizas. Pero, están allí, ahora, chamuscadas, atrapadas en sus recuerdos

más temidos mientras les practican una cirugía o les atasajan la piel.

— ¡No creo que pueda cambiar el mundo!— respondió Stalyn, tartamudeando, pero ya no tan desalentada, mirando a través de un vendaje profuso, con su único ojo ileso, celeste, como un trozo de océano surgiendo en el corazón de una isla devastada.

— Te lo digo ahora Stalyn, qué importa que puedas mover un dedo si eso no sirve sino para ti, para comprobar que este cuerpo te pertenece a pesar de que otros, que vienen a decirte que puedes cambiar el mundo, tengan la facilidad y el desparpajo de ponerte las manos encima.

Flores que el viento del azar acarrea por agua y tierra, que va desperdigando en cada recodo los perfumados miembros de estas doncellas. Nadie se preocupa por estas damas de la fragilidad; sus brazos, torsos y pechos lastimados por la brutalidad, el azar o la impericia de otros, inundan las avenidas del mundo, los hospitales, el cementerio; pisoteadas por el vulgo como cualquier desecho sin importancia, derribadas a destiempo por los pájaros de la desgracia. Van acomodándose, una por una, en la ensenada de las derrotas. Sus pétalos, bajo la primavera de siempre, ya no pueden ser los mismos y tienen que acostumbrarse a perfumar, aunque sea dentro del angustioso frasco del abandono.

— Yo recuerdo a mi primer novio, era un angelito, si no muero mañana lo primero que veré será su cara, tengo una foto de él, no me importa qué haya sido de su vida, solo existe para mí ese muchacho que me lanzó al río y después de sacarme se arrodilló y me pidió perdón por haberme jugado una broma tan pesada— confesó Gemela llevando a su pecho el retrato como un amuleto contra la soledad.

— Si mañana despierto con vida, le pediré perdón a mi padre, él sabe por qué, ustedes saben por qué ¡Me escuchan a diario recriminarle muchas cosas, soy su hija, la más pequeña, él debió hacer algo por mí, no merezco estar aquí!—Stalyn, se angustió.

Pero, ¿qué sucede con lo que dejan atrás, en el camino que hubo de terminar al filo de sus recámaras? ¿Cómo es que podrá alguien descifrarles lo que acontece sin ellas, sin sus quebrantadas existencias? Todo no puede funcionar igual o mucho mejor, alguien debe aguardar sus retornos: Una familia, una relación amorosa, una expectativa ya sin más soporte que el pedestal de la desdicha. ¿Por qué se cierra la puerta de la realidad a espaldas, entre lágrimas, y se abre el holocausto y empieza a fluir el otro infierno, el que no quieres oír crepitar en la boca del más crudo de todos los veranos? ¿Qué es lo que pueden esperar debajo de unas sábanas, en el quirófano, las tijeras cercenando la piel por donde la muerte intenta posesionarse? La filosa cuerda de la desgracia cercenó los buenos augurios y los repartió en cestos iguales hacia los cuatro vientos.

¿Quién puede devolverles la gracia y un centímetro de piel para redimir aquellos sueños que van desvariando, en carne viva, en los precipicios de la muerte?

A estas alturas las flores han vestido sus pétalos del color del recipiente de cristal, oscuro y endeble, que las contiene. Todas están enfundadas en sus batas blancas, en cada habitación hay cuatro pacientes. Regularmente llega algún familiar por allí a visitarlas y a llorar por no haber podido evitarles lo peor. Ellas ya no tienen lágrimas qué derramar solo alzan la mirada hacia su ventana y ven que afuera sucede otro mundo del cual ellas han sido arrojadas.

Debe haber alguien que crea, cuerdamente, que lo inexorable también tiene sus paraísos, aunque negros y fríos, a fin de cuentas recodos donde reposar la tristeza; algo más honesto que ponerse a pensar en supuestos ridículos como el que estas flores necesitan, a raudales, discursos que se quedan sino en la superficie de lo previsible. De qué se puede hablar delante de un cesto de flores mutiladas, acaso de cambiar muchas cosas, entre ellas de ánimo, que sonrían de oreja a oreja cuando la desgracia no es un manjar agradable para ser pregonado en bandeja de plata, no es un abrazo ni una caricia llena del más ferviente deseo de hacer sus vidas, en teoría, menos trágica. Se trata de sus vidas y de cómo se cernió sobre ellas, como una sombra abrasante, la fatalidad.

De eso hubo de tratarse la tercera charla que recibieron las damas del dolor: "Haré que sus vidas, en teoría, sean menos trágicas", pero resultó ser solo un aliciente barato, una rebanada de entusiasmo y conmiseración, de parte del psicólogo asignado al pabellón de mujeres del hospital de cirugía más antiguo de la ciudad:

"Ustedes pueden cambiar muchas cosas, incluso el mundo o los sentimientos que dejaron atrás. Al retornar a sus vidas cotidianas perderán prioridades, pero se ganarán a ustedes mismas. No merecen estar aquí, tal vez yo tampoco merezca este encumbrado honor de instrirlas para el paso que tengan que dar fuera de este nosocomio. Pero, sin embargo, tienen la mala suerte de escucharme y yo el gratísimo placer de ser asignado a este pabellón de damas, por cierto, muy guapas. Quiero que confíen en mí y me acepten como a un amigo, les aseguro que pondré toda mi voluntad y profesionalismo en ustedes. De veras, es hora de poner en práctica potencialidades físicas dormidas, aunque, tal vez, no sea necesario para unas flores tan vigorosas como muestran ser ustedes porque han de saber que todo lo que se pierde corporalmente se recupera en espiritualidad. Recuerden que pase lo que pase aún tienen la oportunidad de salir de aquí y cambiar el mundo!".

— ¿Crees en todas esas patrañas que está diciendo el sicólogo?—

preguntó Gemela, indignada, con los ojos chisporroteantes.

— No, quién le va a creer a semejante coyote carroñero, solo quiero verlo lejos de mí, estoy casi segura que me ha tocado.

— No digas eso Stalyn, eres injusta, está bien que no te agrade el tipo, pero no es para ponerse a jugar con su dignidad.

— ¿No me digas que a ti no te ha hecho lo mismo?

— Bueno, sólo preguntaba: “¿sientes esta parte?”, y yo le decía que sí y su mano permanecía quieta en la mía y nada más.

— Eso también me preguntó a mí. ¿Qué tenía que contestarte yo? No, no siento nada doctor y él siguió preguntando y preguntando y palpando mi cuerpo cada vez más abajo: “y, ¿sientes aquí?” Yo creo que es un cerdo cretino disfrazado de buen samaritano.

— ¡No hables fuerte Stalyn, creo que te ha escuchado!

— ¡Que me escuche Gemela, así podrá saber la rabia que le tengo. Es un puerco que se empeña en llamarnos flores apacibles, porque es un lunático; cree que entre sus manos tiene esas flores de las que tanto habla y quién sabe, tal vez las tenga, ellas no pueden escupirle en la cara su atrevimiento o esconder sus pétalos debajo de una frazada porque simplemente ya no sienten nada y no pueden saber si son abusadas o no!— Stalyn empezó a llorar amargamente, Gemela la consoló desde su recámara, mostrándole la menuda foto de su novio, con una carita de angelito, una personita incapaz de lanzar a una chica a un turbio riachuelo.

“Al día siguiente, todas hemos amanecido con vida, la piel es lo de menos cuando adentro late un corazón con ganas de vivir. Las flores, como es que nos llaman los cirujanos, no se dan por vencidas pese al mal tiempo y a las malas rachas de la vida. El cuerpo cuando se estropea del modo como se nos ha deteriorado a nosotras, cuando pierdes la mayor parte de la piel esta es suplida por otras partes del cuerpo, cortan y sellan donde el daño es profundo. La desesperación amilana nuestras vidas, pero tenemos que inventar el valor y creer en él pase lo que pase. Los largos días sembradas en una cama hospitalaria, irradiando la nueva piel, una piel impostora que el cuerpo debe aceptar, nos procuran una rebeldía hacia quienes nos visitan y tienen la gracia de llevar una vida normal mientras nosotras diariamente perdemos una parte de nuestra alma. La piel cae como los pétalos secos de las flores infortunadas y queda un gran orificio por donde asoma aullando nuestra osamenta. A veces faltan los sedantes y abunda el pánico al dolor, pero gracias a la buena voluntad de personas benefactoras se consiguen los más costosos, para las flores más pequeñas; a las demás nos operan así, con el dolor galopando en nuestras

entrañas, que hasta parece que el grito que lanzamos es una criatura más que quiere escapar de nosotras rompiendo nuestras gargantas. En ese momento quisiera tener cerca el oído de la gran maquinaria inmisericorde que controla los presupuestos estatales, el todopoderoso gobierno que se despereza en la silla de Pizarro mientras las indias como nosotras, que hemos perdido la fe en la política y el pellejo en una historia trágica, que tenemos la carne injertada y los ángeles de la guarda venidos a menos, a espaldas de las grandes formalidades nacionales, de las mezquinas raciones para la salud hemos establecido nuestro propio gobierno y nuestra economía de vida: Dormir cinco horas al día, torcer levemente la espalda mientras los enfermeros te lavan y preguntan tu nombre para distraer las náuseas; orinar y defecar en chatas dos o tres veces al día, abrir las piernas para que la diminuta señora Molly despliegue su cuentagotas y refresque nuestras vaginas, ver morir a la paciente que entró la otra noche con demasiadas quemaduras de tercer grado, soportar a un asqueroso psicólogo que quiere acabar con lo que dejamos en la ciudad, que nos considera flores no sólo apacibles sino podadas, sin raigambre más que la que brota diariamente en nuestras narices y en nuestras axilas y si lo que querían escuchar era un poema, lo siento señoritas, pero sólo me funciona la mano izquierda, no saben cuánto me ha costado preparar este palabrerío, puesto que con esta mano solo escribo lo que empuja mi sangre, la otra se me chamuscó, tal vez la usé demasiado para deshojar flores y terminó deshojando mi cuerpo una noche de la que no tengo recuerdo, en la que en vez de elegir terminar ardiendo en las calles de una terrible ciudad hubiera preferido, como Vallejo, morir en París en aguacero. No sé, es un decir, niñas del pabellón más dramático del mundo, gracias por permitirme este palabrerío, en este día especial de primavera”.

— Ay, Nelly, qué linda eres, acabas de hacerme acordar que “hay golpes en la vida tan fuertes”, pero, es un decir, acá una se divierte. Siento que me llamo amapola, margarita que soy una flor que ha brotado, por equivocación, en los intestinos del hospital— La risa de Stalyn no era tan real, su ojo, su hermoso ojo azul atisbaba triste la risa de las demás flores del hospital.

La risa baila sobre los huesos húmeros amigas. Las flores duermen el sueño de los justos mientras mañana alguien se disputará nuestro espacio, nuestras sábanas y los remanentes de nuestros medicamentos. Éste es el depósito de los desahuciados, la huesa de los amores estancados, la madre de las tempestades y las desgracias. Bienvenidas chicas al moridero, al pabellón número ocho de quemados. Yo soy Nelly, quien dijo que acá una se divierte es Stalyn, la más pimpollito de todas, la que alzó la mano al fondo en la cama número diez es Katrina; Gemela, levanta la mano para que te conozcan, así está bien, ella es Esperanza, le decimos Gemela porque ella dice que la hermana era su fiel reflejo; bueno, ya no lo es; la que acaba de levantar una pierna es Irinia, sus brazos pronto estarán de lo mejor para abrazar al galán que la visita y le

trae un ramo de flores. No sé si será una fortuna que las hayan recibido en este pabellón, pero, de los dos modos por los que puede ser desocupada una cama, temo decirles, casi siempre es el más duro; se va una no exactamente a la casa que dejó unos días o unos meses atrás sino a la casa que no tiene puertas ni ventanas, ni siquiera un rayito de Sol o una grata compañía mientras te devoran las cenizas.

— No le hagas caso amiga, ella es así, el Visitante la ha contagiado.

— Es muy triste lo que dice— Dijo Raquel, mientras escuchaba los pormenores de estar en un hospital del Estado.

— ¿Cómo te llamas?— preguntó Stalyn, mirando a la recién llegada.

— Raquel.

— Mi nombre es Stalyn, bienvenida.

— Gracias, Nelly te ha dicho Pimpollo mientras te presentaba, se ve que se llevan bien.

— Sí, ella es una chica entre trágica y divertida.

— A propósito, por qué dices que el Visitante la ha contagiado y ¿quién es esa persona?

— Ah, es un paciente del hospital que nos visita con frecuencia, creo que se siente bien en nuestra suite, su nombre nos asusta, por eso le pusimos Visitante. Conversa largamente con Nelly, dicen que la humanidad va rumbo al desfiladero y cosas así y eso, creo, la ha endurecido.

— Nelly es distinta a ustedes—afirmó la recién internada.

— Sí, es un animalito raro, pero a veces se divierte, nos gusta que el Visitante venga por aquí, así aprovechamos para que nos cuente algunas de sus historias.

— Imagino que se aburren.

— Qué va, el dolor también aburre. A mí me pinchan las nalgas cinco veces al día, me bañan como si fuera una muñeca de jebe, sueño todos los días dando mis primeros pasitos y ¿tú crees que eso no hastía?

— Me van a operar mañana—reveló, afligida.

— Te deseo suerte, Raquel.



— Van a sacarme piel del muslo—sus lágrimas caían a raudales, una luz mortecina se filtraba por la ventana.

— ¿Qué pasó, cuál fue tu pesadilla?—preguntó Stalyn mientras buscaba con su único ojo ileso las heridas de la joven.

— Me quemé con el escape de la moto, pensé que era una simpleza, pero me equivoqué— Raquel, dio un suspiro y se apoyó en el codo izquierdo para mirar, con ternura, a Stalyn.

— Y, ¿por qué se te ha hecho tan grande la herida?

— No sé, tal vez no fui a tiempo a la clínica o no tuve suerte con los doctores que me atendieron allí.

— Ah, como lo que le pasó a Katrina.

— ¿Quién es Katrina?, Nelly la mencionó, ¿me ayudas a distinguirla?

— Ella, la que está al fondo, con los audífonos, escuchando, supongo, a su queridísimo Wagner.

— A, ella, la de la cama número diez. Y, ¿qué le pasó?

— Prefiero que ella misma te lo cuente y, por favor, no vayas a decir clínica delante de ella, se pondrá histérica.

—Veo que ya se hicieron amigas— interrumpió Nelly—, el lugar no es tan cómodo que digamos, todas estamos desnudas, como vinimos al mundo. Los doctores vienen y conocen nuestro cuerpo y lo cuidan puesto que somos como sus obras de arte. No trato de decirles que harían de todo para resarcir nuestros males, tampoco que experimentan un malévolo placer arrancándonos el pellejo para ponerlo en las partes más dañadas; muchísimo menos que sus manos abran y suturen nuestros cuerpos guiadas por una suerte metafísica o por un simple capricho estético sino que, para ellos, la verdadera obra de arte es la que se va sana y salva a integrarse a su vida de antes.

— ¡Queremos dormir!— la voz más traviesa y osada del grupo rompió la telaraña de estupefacción en la que se enrollaban sus cuerpos.

—Ya, ya voy a terminar Stalyn. Solo quería esperar este momento para decirles que si estamos aquí no es culpa de nuestras pasiones, ni del sistema, ni mucho menos del azar. No elegimos venir a la carne para arder en llamas o sufrir una negligencia médica en una clínica cualquiera, tan solo por el heroico hecho de probar nuestro valor ¿Alguien más que nosotras merecía esto? ¿Por qué no están aquí en este infierno los malos de la película: los abusadores, los corruptos, las desalmadas y

sinvergüenzas? ¿Por qué tuvimos que ser justo nosotras? Tal vez no fuimos tan buenas en el escenario de la vida y se nos ha dado este triste papel para, aparte de llorar como unas magdalenas, conocernos un poco más y llevarnos esta, no sé si ingrata o nefasta experiencia para cuando tengamos que volver a casa, a cualquiera de las casas que nos aguardan.

## Capítulo 2

Irinia me contó su historia. Una flor más como ustedes, capaz de perder el pellejo por lo que una cree y perderlo muchas veces más, hasta el límite, hasta el karma. El doce de setiembre de 1980, Irinia nace en Argentina, después de unos años su familia creció, ella era la mayor de dos hermanos, no obstante la situación conyugal de sus padres no fue la mejor, así que decidieron romper. Irinia y Masiel irían con mamá, de retorno a Perú, mientras que Byron se quedaría en Argentina, con el padre. En Perú, Mariciela, madre de Irinia, Masiel y Byron, se enrola con un doctor y nace Byron Segundo, para suplir al hermano perdido en el velo de la distancia. Byron Segundo creció a la sombra de un hermano, o de un hijo, dejado atrás. "No debes parecerte a él, todo lo arruinas. Byron Primero es campeón de ajedrez en su escuela, tiene medalla de natación y tú, cero. Byron Segundo, eres el hermano perdedor, Byron Segundo, eres el hijo sin talento".

El doce de setiembre de 1995, en pleno quinceañero de Irinia, Byron Segundo hubo de convertirse en el Nerón de la familia.

Cuando Irinia y Masiel se acicalaban para la gran fiesta, aprovechando que los padres habían salido a comprar lo que faltaba, algunas cosas que se presentan en último momento, Byron Segundo roció con gasolina la mesa con bocaditos y la gran torta ahíta de flores y cadetes de caramelo. Luego subió mojando la alfombra con el combustible hasta llegar a puertas del cuarto de sus hermanas. Fresco como una lechuga, entró en su habitación y puso la radio a todo volumen. Revisó sus bolsillos del pantalón, minucioso, sacó un cerillo y lo reventó en llamas entre sus dedos. Con los ojos agitados, los labios febriles salió cantando: "Feliz cumpleaños Irinia, feliz cumpleaños hermanita", y lo arrojó sobre el bosque de cadetes y damas de caramelo que se disponían sobre la mesa.

El humo alertó a los vecinos. Llamaron inmediatamente a los bomberos, no sin antes acudir con cubetas de agua a tratar de amainar las llamas que envolvían el recinto de Irinia. "¡Byron, ayúdanos, Byron, hermano, abre la puerta!". Byron Segundo contaba con diez años, pero, a pesar de ello, ocultaba un resentimiento que con el tiempo se volvería nocivo hasta estallar en la tragedia.

Cuando la puerta cayó en llamas Byron ingresó con el rostro descompuesto. "Ayúdanos", decían ellas y él: "¡Por qué quieren que las ayude si ustedes jamás me ayudaron, no les gusta lo que soy, quieren que haga cosas que detesto, por qué no leen lo que escribo para ustedes, sirven de algo mis poemas, debo ser un retrasado, por qué no me aman como aman a ese tal Byron Primero, por qué no leyeron a tiempo "Las

Flores que Arden la Primavera”, tal vez nada de esto hubiera pasado.

— ¡Abrazame, Byron Segundo; te amo, Masiel y yo te amamos. No necesitabas hacer esto. Estábamos equivocadas, eres único, no puedes ser del modo que queremos, ni nosotras hemos podido ser las mejores hermanas para ti, acércate, ya no hay tiempo para escapar de este infierno, moriremos juntos hermanitos, arderemos juntos, no dolerá tanto, cierren los ojos!

— ¡Abrió los ojos, Mariciela!— advirtió Alberto, esposo y fiel compañero de Mariciela, después de su salida de Argentina y sus problemas judiciales con el sujeto que la obligó a separarse de uno de sus vástagos. Tal vez esto no pudo ser una simple ruptura de los lazos paternos sino el detonante para la mayor catástrofe familiar.

Irinia tuvo tantas ganas de abrazarla pero un profuso vendaje aprisionaba sus brazos y su pecho.

— ¿Qué pasó mamá?—preguntó Irina, aterrada.

— ¡Es mejor que no lo sepas, después te contaremos!

— ¿Y, Masiel, y Byron Segundo?

— ¡Dile la verdad, Mariciela!—repuso Alberto, con voz entrecortada.

— ¡Murieron hijita, murieron en tus brazos, los mató el humo, los protegiste de las llamas. Pero, se asfixiaron!

— ¡No!—exclamó Irinia y se desmayó, no pudo resistir el terrible golpe de la realidad. Cuando despertó ante sus ojos estaba Byron, sí, Byron Primero, besando su frente; el hermano que siempre imaginó a su lado, tal y conforme fue creciendo en sus pensamientos, vació que hubo de costarle otros más, aún más insuperables.

— Estás despierta Irinia, soy Byron Primero, eres más hermosa que en las fotos que me envía mamá, lamento mucho lo que ha pasado, estoy consternado. Llevo tres días acá, tengo que volver por mis estudios. Mira, él es Cristián, un buen amigo, ha venido conmigo a Perú, yo me iré mañana, pero él se quedará, va hacer su traslado a San Marcos, su familia se muda para acá, me ha prometido que vendrá a visitarte en sus ratos libres.

— Gracias Byron, eres como te imaginé, ¿dónde está mamá?

— Se fue, lloró cuando me vio, pero no quiso abrazarme.

— Es que abrazarte cuesta Byron, cuesta mucho, sé por qué te lo digo—sus ojos enrojecidos se volvieron a hundir en esa profunda y dolorosa realidad, sus hermanos habían muerto.

El abrazo que mantuvieron, a través del tiempo, madre y hermanos, entre Byron Primero hizo que Byron Segundo se sintiera marginado y fluyera su infierno.

Cuando Byron terminó de recopilar un poemario que le puso, en una suerte de iluminación precoz: "Flores que arden la Primavera", con varios versos raptados de la biblioteca de su escuela, lo más pernicioso y suicida, cuando hubo de reunir todo ese material, cuidadosamente seleccionado, lo llevó para que fuera publicado en el Periódico Mural de su escuela, regresó por la gasolinera comprando el líquido mortal que ocasionaría la tragedia. Entró silbando en la casa, la sala yacía solitaria, atiborrada de serpentinas, globos rosas y dulces. El tobogán de fuego y lágrimas por donde hubo de resbalar Irinia la condujo aquí, a esta huesa de amores desahuciados, no obstante el buen amigo de Byron aún la frecuenta y eso nos reconforta. Como dije antes, ella solamente está esperando que sus brazos sean liberados de todo vendaje para abrazar los abrazos de su querido Cristián, que le lee "Las Flores del Mal" y le trae las otras flores, esas que compra afuera del cementerio y les hecha perfume para que nadie sospeche que las trae de allí. lo importante es que son flores, que vengan de donde vengan, siempre van a verse lindas a pesar de las circunstancias.

En fin, es una historia de tragedia con un ligero perfume de amor. Antes de contarles esto, Irinia advirtió: "Nelly, cuidado con hablar mal de Cristián", pero quién va hablar mal de ese bombón. No te preocupes amor, tu sabes que las flores solemos tener cuidado. Nuestro idioma es frágil, endeble. En esta primavera somos pocas, sobreviviendo a los presagios y las turbulencias del azar. Buenas noches señoritas y que mañana no sea un funesto día de poda.

## Capítulo 3

Parecía que hacía mucho tiempo ya se había estado preparando para ese momento. Desde que la trajeron a disponer para el quirófano, Raquel conservaba la calma que le había proporcionado la lectura de los Salmos y las cartas de un novio que fue a despedirla cuando enrumbó a la capital.

Mientras fluía el cielo raso sobre sus ojos, el ruido de la camilla, en la que era conducida, fue desproporcionándose hasta traerle a la memoria el estallido del motor que se enroscaba en su tobillo. La moto cayendo a estribor del camino, la pierna izquierda aprisionada por el pesado vehículo y el abrasador escape, el letal aparato, adherido irremediabilmente a la piel hasta anular las terminaciones nerviosas y el dolor reducido en centésimas de segundos por las acciones naturales de las neuronas, ante un dolor crónico, hizo que echara de menos el incidente.

— ¡Si lo hubiera sabido o tan solo tenido la leve sospecha de que una quemadura que tarda en doler, es la más peligrosa! No conocer algo acerca de las quemaduras de tercer grado, ha sido duro para mí; tal vez no hubiese tardado en ir a la clínica o, mejor aún, venir, sin perder más tiempo, para acá.

Recordaba lo que hacía unos días le confesaba a un doctor, luego de que éste le hiciera algunas preguntas acerca de su caso. El hecho no podía ser un capricho de la imaginación para auto-castigar la ignorancia de la que era presa, tampoco podía ser solo una lección de vida que tomar en cuenta; era, ya, frente a sus ojos, sin tanto atavío, la desnuda realidad y ella, Raquel, estaba allí, con los ojos puestos sobre las circunstancias, dirigiéndose a lo definitivo y no había por qué lamentarse.

Los hechos fluían de tal modo que era vano detenerse en lamentaciones, tenía que seguir a favor de la corriente, en esa nave que la conducía a su otro yo, ése que aguardaba atrás del diluvio, cuando se renuevan todos los pactos y la existencia vuelve a germinar desde otras latitudes.

Delante de ella se abrió una gran puerta blanca que la condujo al interior de una sala especial. En esta, las enfermeras arreglaban el instrumental que se usaría para la operación. Uno de estos aparatos le trajo a la memoria un documental sobre operaciones visuales y parpadeó. Estaba dispuesta a correr el riesgo sin temor alguno.

Cuando la colocaron sobre la cama de operaciones un doctor de regular estatura se acercó, sonriente.

— ¿Cómo te llamas?—preguntó.

— Raquel, ¿y usted?

— Me llamo Marlon, pero me dicen Manos de Ángel. Para lo que voy hacer necesito que te incorpores y tomes con tus manos los dedos de tus pies, ¿crees que puedes hacerlo?

El doctor Marlon hizo que Raquel adoptara la postura adecuada para poder cumplir con su misión de anestesiólogo de turno. Tal vez lo de Manos de Ángel tuvo algo de certeza en el caso de Raquel porque primero sintió el ingreso de algo helado, pero querúbico, en la columna vertebral. Luego, después de unos minutos, en la segunda pinchada, pudo escuchar claramente cómo crujían sus vértebras bajo los dedos de Manos de Ángel. Algo indoloro, pero alarmante, ocurría en su cuerpo. Raquel abrió tamañamente los ojos, no obstante hubo de someterse con serenidad a esos ángeles de blanco que la contemplaban bajo las luces de halógeno.

Ya cuando creía desmayarse vio entrar a quien se decía era la mejor cirujana del hospital, la más humana entre todos aquellos ángeles fríos y alicaídos; la sensata dama del bisturí que cavilaba, por todos los ángulos, posibles complicaciones que se pudieran presentar antes de arrancar un trozo de piel para cubrir una lesión. Era una mujer sumamente cauta y, sobre todo, bella, un verdadero ángel que tenía la misión de devolverle la sagrada primavera.

— ¡Yo voy a operarte amor, soy la doctora Silvia Escalante, todo saldrá bien, ten fe cariño, ya lo verás!

La primera maquinita le rebanó perfectamente un rectángulo de piel del muslo. Éste fue colocado en el orificio de la parte dañada. La zona donante fue cubierta con piel de cerdo esterilizada y trozos de gasa. Cuando, de la zona de injerto, eran recortados los bordes de piel sobrante Raquel no pudo ver más sus piernas, la bata que llevaba puesta le cubrió totalmente la visión.

En ese lapso empezó a hacer memoria de los infaustos días en la clínica, cuando el drama empezó con largas curaciones, hasta terminar en diarias e inevitables extirpaciones de piel dañada sin hacer uso de anestesia. Los gritos que hubo de lanzar cuando le desalojaron los tejidos muertos y el agujero de la pierna que se hacía cada día más profundo eran una bebida letal, un camino inefable en el que cada pisada suya, en pos de huir de la pesadilla, terminaba arrancándole la humanidad. Temía que pronto apareciera ante sus ojos el hueso: el infausto, terrible y jamás expuesto, armazón de la pierna. Eso sí que liquidaría por completo hasta la más férrea esperanza de que Raquel pudiera despertar a tiempo, sin mayores perjuicios, de tan aciaga pesadilla.

Por un momento pudo dormir mientras era retirada de la sala de operaciones y devuelta al Pabellón número Ocho, de Quemados, con la

supervisión de su doctora y las palabras de aliento que en ese momento eran como rosas blancas que vertían pétalos perfumados sobre su rostro: “Todo marcha perfectamente, has sido valiente, a partir de ahora serás mi mayor preocupación, vendré por ti siempre, no te esfuerces, cuídalo, es demasiado frágil, si no tu cuerpo lo rechazará. No te esfuerces, recuérdalo siempre”.

Un injerto es como si trataran de recuperarle los pétalos a una flor deshojada antes del otoño. Un momento entre la magia y el dolor que le ocurre solo a esas flores que han brotado en la primavera de todos, que han crecido verticales al cielo, que el fuego directo del verano ha calcinado sus colores.

He aquí otra flor como nosotras, con sus pétalos renovados artificialmente, hasta que la carne acepte suya una tajada de células de la misma raigambre. Bienvenida Raquel a este vivero de murientes amapolas. ¡Héme aquí a tus pies, Nelly, la ama de llaves de este asqueroso Pabellón sin puertas y sin ventanas! Ocuparás la cama de nuestra difunta Heidi, una flor que un maldito la deshojó en Miraflores. Vino muy grave aquí, era muy parlanchina, no sabía que se estaba muriendo. Después te contaré de ella. Si necesitas algo solo tienes que pedirlo aquí todas gozamos de una precaria salud.

— ¡Hola Raquel, qué bien te ves!—fue la voz amigable de Irinia.

— Hola Raquelita, no le hagas caso a Nelly, está rayada, hoy no llegaron sus benefactores— advirtió, sonriente, Stalyn, mientras se incorporaba y miraba, a la recién llegada, con el único ojo que no devoraba el profuso vendaje que cubría la cabeza de la niña: una menuda belleza que hubo de quedarse estancada entre el cielo y el abismo.

— ¡Hola chicas!—el rictus de Raquel lidiaba entre la complacencia y la resignación—ya soy una como ustedes, me alegra que todas hayamos amanecido con bien.

La alegría de las flores es semejante al arco iris, sucede silenciosa, sobre la bondad y la virulencia de la tierra, deleita la vista y abraza al mundo, pero se esfuma ligeramente y el campo vuelve a ser estéril; no puede volver a su ciclo de colores refulgentes hasta la próxima llovizna. Hasta el próximo rocío.

— Eso que ves en tu muslo es el rocío sobre los pétalos de la primavera. Rojo, doloroso, como un furioso arrebol que se filtra en el cielo de la piel. Duerme, mañana vendrá tu hada madrina a revisar si ha pegado, que de seguro pegará, sus manos son prodigiosas; entre sus manos un injerto es como un pétalo que puede volver a vibrar hasta en la corteza de las rocas.



Buenas noches florecillas, no será una larga noche, cuando abran los ojos ipaf!, aparecerá ante sus ojos la casa, sí, la verdadera casa de las flores.

## Capítulo 4

— ¡Lánzala!

Son las ocho de la noche, Fernando me pide que lance la pelotita. ¿Conocen el juego de la valla-valla?, creo que no. Por modestia no puedo decir que nosotros lo inventamos, pero era divertido. Solo tenías que tener calcetines viejos para que, gracias a la destreza de Fernando, pudiéramos tener la Valla-valla, redondita, muelle, lista para arrancarle el vientre a la oscuridad y lanzarnos en pos de ella, a tientas, sin reparar en las heridas que pudiera causarnos la autopista. Formábamos dos equipos y el que dejaba que la pelotita entrara con mayor frecuencia en su arco era víctima de castigos, como pasar por el callejón oscuro o ir a traer una rana al río, en plena oscuridad.

— ¡Lánzala!— gritaba Fernando.

Yo me había quedado hipnotizado mirando al cielo. Parecía que si la tiraba ésta no iba a descender nunca y la pelotita, esta vez, había sido confeccionada con mis amados calcetines. La presioné contra mi pecho y dije:

— ¡Se perderá como las demás!

— No seas tonto, haremos otras pues.

— ¡Pero, no será como ésta!—exclamé, apenado.

— ¡Lánzala, Nerón, debes hacerlo, vas perdiendo, te mandaré a traer sapos al río!

Cerré los ojos, apreté los dientes, y la lancé y mi alma se fue enredada en ella. Fernando no pudo detenerla y se perdió en las fauces oscuras del desfiladero que conducía al río.

No pude hacer nada por evitarlo. Tampoco iba a resignarme a perder los calcetines del colegio, bueno, aparte de ser mis preferidos, mamá no toleraría que volviera a perderlos por enésima vez.

Tuvimos que descender en busca de la valla-valla.

— ¡Bajar!, ¿crees que voy a bajar?— replicó, Fernando.

— ¡Bueno, si tú no quieres bajar será porque eres una gallina, pero, yo sí lo haré!

Cuando descendí los arenales, rumbo al puente, alguien presionó mi hombro desde atrás y dijo:

— ¿A dónde está esa gallina de la que hablabas?

Fernando se unió en la búsqueda de la valla-valla. La luz de la Luna era la única con la que podíamos contar. Los postes de luz eléctrica se enfilaban distantes en el malecón aledaño al río, con una luz muriente. La oscuridad lo devoraba casi todo. Hacía frío, los dientes de Fernando y los míos chasqueaban sin tregua.

— ¡Nerón!

— Sí.

— ¿Cómo diablos crees que la hallaremos?

— Con un toque de suerte, Burro, o crees que allí abajo los ojos lo son todo.

El cielo era un enorme abismo en el que rebalsaba el débil cuerpo de un astro que parecía naufragar en un manto de vapor violáceo. Los pasos de los jovencitos se hundían en la tierra suelta de la cuesta. Objetos irreconocibles se trepaban de sus zapatos y a lo lejos la luz de un automóvil iluminaba el férreo esqueleto del puente que, como un edificio derribado, dividía al río en dos espejos azabaches, hundidos en la lejanía.

— ¿Escuchaste eso, Nerón?—inquirió Fernando, ofuscado.

— ¿Qué?

— ¡Alguien se queja!— aseguró Fernando, con la voz temblorosa, sus manos sobre las sienes, bajando por su cabellera y el brillo de sus ojos, ya humedecidos de miedo, me dieron la sensación de que pronto emprendería la fuga y me dejaría solo en medio de ese mar de tinieblas.

Yo estaba más preocupado en encontrar la valla-valla para, al día siguiente, remediar mi aspecto en la sala de clases. Mamá me iba a dar una buena paliza si perdía el par de calcetines que me procuró sacrificando el delicioso menú de fin de semana por el inconfesable aguadito de pota. Tal vez por eso no quería lanzarla, porque presentía que ya no la volvería a ver. Esos eran mis pensamientos del instante, el pequeño rodaje de mi vida sin mí par de calcetines, hasta que caí en la cuenta de que la verdadera película era esencialmente otra, algo sucedía a lo lejos en la más absoluta oscuridad, crecía como un torrente de alaridos y golpes secos como los de un corazón gigante atrapado en los pretiles del puente, una pesada sombra que lo abraza todo con sus manos

huecas a fuerza de lanzarnos en brazos de la histeria.

— ¡Ya la oí!— respondí con los cabellos erizados y la sangre pasmada, apelmazada en las venas.

— ¿La oíste?, creo que se está quejando, es una voz de mujer.

Apenas pude esforzarme para verla desplazarse, aprovechando el paso de un auto, por la garganta del puente; esa luz me dejó ciego por un instante. Cuando me recuperé del resplandor abundante pude ver un bulto que se incorporaba y volvía a caer en la parte más profunda del arenal. Fernando tiritaba a rabiar, como un niño saliendo de una piscina helada, parecía que de un momento a otro iba a salir corriendo dejando sus plumas de gallina flaca regadas en el torso del barranco. Yo lo tomé de la camisa y lo amenacé.

— ¡Si te vas, juro que la hago larga: que eres una gallina, tú sabes, todo el mundo te meterá la mano y te harán la reina de la primavera!

Fernando se contuvo, respiró hondamente, me miró con rabia y decidió seguir avanzando conmigo. El viento se tornaba helado. La luz de la Luna recuperó intensidad o tal vez la cercanía con aquella sombra hizo que pudiéramos verla. Parecía que nosotros éramos parte de esa oscuridad avasalladora y que esa criatura que se movía hacia nosotros estaba hecha de la misma materia de nuestros más oscuros y lejanos temores. La voz volvió a transgredir la entraña de la noche, moribunda, como un animal herido, perforó nuestros oídos.

— ¡Américo!, ¡Américo!— exclamó algo legible por fin, un llamado de auxilio desesperado, hurgando nuestras fibras humanas. Era la voz de una mujer sin lugar a dudas, sus gemidos desfallecientes, sus reproches ya inaudibles.

— ¿Quién diablos será Américo?—me preguntaba.

Fernando tartamudeó.

— ¡Tal vez debemos subir y buscar a ese tal Américo para que venga a ayudarla!

— ¿Y, mi pelota?

— ¿Tu pelota?, que se pudra, que no ves que allí abajo alguien se está muriendo y tú estás: ¿y, mi pelota?

— Está bien—respondí, resignado—subiremos, todo porque ha pasado

esto, si no, de aquí no íbamos a regresar sin mi valla-valla.

Al hacer las averiguaciones en las esquinas de las calles contiguas a la nuestra dimos con el paradero del tal Américo esa misma noche. Era un sujeto que lo conocíamos solo por su apócope y porque era el que hacía todos los cachuelos del barrio: reparaba tuberías dañadas, techos con goteras, armaba quinchas hasta vendía fruta que cosechaba, furtivamente, de las parcelas del valle.

Finalmente logramos convencerlo. Le dijimos que alguien lo llamaba desde el río, que era una voz de mujer. Al llevarlo hasta el desfiladero, efectivamente, escuchó que alguien lo llamaba a todo pulmón y, a ver, ¿adivinen quién era?

— ¡Una de esas flores que el verano del mundo, las pasiones primitivas, el azar, la arena muerta de los designios la agostó!— respondió la voz más diáfana de entre todas esas voces que estallaban radiantes en medio de sus desgracias.

— Vamos, Stalyn, déjame terminar la historia.

— Es que todos tus cuentos terminan así, Visitante.

— ¿Quién era, Visitante, qué tenía, qué le pasó?—preguntó Raquel, una flor recién llegada al pabellón, las demás también reclamaron lo mismo.

— Esperen no se alboroten, déjenme coger otra vez la punta del ovillo y hundirme en la penumbra de esa noche.

Américo subió con la mujer entre brazos. Olía a cosas chamuscadas. Algunos trozos de ropa, que el fuego no pudo acabar, los tenía incrustados en la piel. Estaba totalmente calva y se tiritaba, parecía que se había incendiado y luego arrojado al río, estilaba un líquido turbio. Nosotros no pudimos contener el llanto al ver a ese triste espectro que se acomodaba, con una insólita sonrisa aflorando de sus labios rotos, en los brazos de su benefactor.

El sujeto explicó que la conocía, que era la tendera de Leoncio Prado, que le regalaba desayuno y en gratitud a ello la llevaría al hospital. Los vecinos empezaron a salir de sus casas alarmados por el griterío de los niños que se acercaron y no pudieron contener las lágrimas al ver a un ser humano calcinado y en carne viva toda su complexión. De entre el remolino de gente mi madre me sacó al borde del colapso, hipnotizado, con las dos manos apretadas en mi pecho. Me llevó a casa y me trató de calmar mientras el rostro derruido de la mujer, esa sonrisa misteriosamente contrita, no me permitió el sueño por muchos días.

Tres días después nos enteramos que fue evacuada de emergencia, que murió aquí, en este hospital a esta misma hora, nueve de la noche, y quizá en la camilla que ocupa Stalyn o Gemela. Muchos supuestos se tejieron en torno a la tragedia, como la descarada infidelidad del marido que terminó haciéndola perder la cabeza y prenderse fuego a orillas del río, otro rollo de la misma película refería que la mujer había sido la que cometió la infidelidad y que, como el marido era el mejor del mundo, había decidido limpiar sus pecados con el fuego del arrepentimiento. Nadie supo el verdadero motivo de tan drástica determinación, el final esta vez estuvo a cargo de Stalyn, lo triste de esta flor es que el verano que hubo de abrazarla fue incógnito, nadie pudo resolverlo, y hubo de consumirse de manera brutal. Hasta ahora pienso que ella quiso consumirse del mismo modo como sentía estaba su corazón, hacerse cenizas mirando el río, esa inmensa masa de agua a la que su alma acudiría para lavarse los últimos retazos de dolor que quedan, que supongo deben seguir adheridos en el cuerpo invisible que se marcha, que no mira atrás mientras abraza la hoguera.

La primavera es la estación más terrible de todas si ocurre sin nosotros, brota detrás de las paredes, lejos del olor de las cremas que embuten en nuestros cuerpos, de la sangre que amanece como rocío funesto sobre los pétalos de un injerto de piel. ¡A dormir señoritas!, el Visitante se va, ¿dónde están mis muletas?

— Las tiene Stalyn, bajo su frazada— Gemela respondió, con una risita juguetona.

— Me iré reptando como una sabandija si no me las devuelves, Pimpollo.

— Toma, Visitante, cómo crees, acá están, hoy no tengo rocío sobre mi pecho, no te preocupes, acércate, dame un beso y no olvides cerrar la puerta al salir y colocar en agua las lindas flores que trajiste hoy.

— ¿Está desvariando?—preguntó Raquel.

— Es la petidina, aunque siempre le dice eso al Visitante; tal vez le recuerda a su papá o a una persona especial que le llevaba flores. ¡Pobre niña, no debería estar en este infierno!— respondió Nelly, con los ojos empañados.

El Visitante desapareció por el inmenso corredor acompañado por dos enfermeras jóvenes, diminutas, como dos florecillas blancas que se hundían en la oscuridad.

## Capítulo 5